

I ntroducción

Un Padre con corazón de madre

Juan Pablo II habla así de Dios Padre en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Toda la vida cristiana es como una gran *peregrinación hacia la casa del Padre*, de quien se descubre todos los días el amor incondicional a toda criatura humana, y en particular al “hijo pródigo” [...]. El Jubileo, centrado en la figura de Cristo, se convierte así en un gran *acto de alabanza al Padre*» (n. 49).

Tomando la idea de esta sugerencia, ofrecemos una sucinta reseña bíblica que nos pondrá en contacto con algunos elementos esenciales de la paternidad divina. Bien entendida, será fácil comprender la «maternidad» de Dios y verla concretamente operante en Jesús.

13

1. El Padre en el origen de todo

El paso del tiempo y la sucesión de las generaciones animan el sorprendente milagro de la vida. Esta sigue el ritmo de la alternancia de los que nacen y los que mueren. Cuando se cobra con-

ciencia de estar vivo y de haber recibido la vida como un don, no se tiene dificultad para admitir a un Padre. Lo que vale para lo individual vale también para la comunidad y por ello los antiguos buscaban un padre común, un ser o una divinidad que presidiera el flujo de la vida.

«Padre» es el enlace con la vida recibida: la raíz de la palabra parece derivar del balbuceo del niño («papá» es una de las primeras palabras que se pronuncian). Pero «padre» es del mismo modo el enlace con toda la existencia: los «padres» son los abuelos, los antepasados, los que nos han precedido en la vida y nos han permitido entrar en ella. Preside en todo esto la idea de origen o de principio y, en consecuencia, la de autoridad y dignidad. No se engendra sólo a la vida física; en sentido figurado se puede ser «padre» de un proyecto, de una obra artística; se puede ser «padre» también en la vida espiritual y este título se confiere al sacerdote, según un uso muy antiguo, atestiguado ya en Jue 17,10: «Quédate conmigo y sé para mí un padre y sacerdote» (cf también Jue 18,19).

14

Invocar a la divinidad con el título de padre es un fenómeno que se encuentra en todas las religiones. Si se trata de vida, ¿por qué se favorece la figura masculina del padre y no la femenina de la madre? Porque la historia muestra que en la estructura jurídico-social de la familia puede darse una pluralidad de mujeres (poligamia), pero siempre una única figura masculina, la del padre,

precisamente. Además, él es el que ejerce en el cuadro de la economía doméstica la suprema autoridad, que, no por casualidad, se llama «patria potestad». El padre expresa mejor el vértice y el origen común; es lógico, por tanto, referirlo todo a él, antes que a la madre.

2. Antiguo Testamento

La Biblia comparte con las demás religiones la sensibilidad por llevar todo a un principio común. Sobre un denominador común se destacan, no obstante, claras e interesantes diferencias. Si el Antiguo Testamento emplea ampliamente el término «padre», que aparece más de 1.200 veces, sólo en 15 casos se refiere a Dios; no podemos decir por consiguiente que esta idea ocupe un lugar central en la fe de Israel. Sin embargo, su consideración prepara la comprensión siguiente, porque pone las bases para conceptos inéditos y claramente innovadores.

La construcción piramidal de la familia con el padre en cabeza explica el uso del término para indicar la autoridad y, según este modelo, Dios es padre porque todo procede de él y se le debe respeto y obediencia, como indica la expresión: «Y sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre; nosotros somos la arcilla y tú nuestro alfarero, todos somos obra de tus manos» (Is 64,7). De la responsabilidad hacia los hombres el paso a la

responsabilidad sobre todo lo creado es breve; por eso se celebra a Dios como padre y como señor (cf Mal 1,6). El Antiguo Testamento presenta a Dios como padre, nunca como genitor. Mientras que el mundo antiguo celebra la paternidad como generación, así en la mitología griega –por poner un ejemplo– a Zeus (Júpiter en latín) se le llama «padre de los hombres y de los dioses», la fe de Israel salvaguarda de una visión panteísta y no confunde en absoluto a Dios con las criaturas.

16 Otra novedad destacada: la noción de paternidad va unida a la elección de Dios que obra a favor de su pueblo. La idea de paternidad se entrelaza con la de benevolencia y la de amor. Más que padre de un individuo, la paternidad se refiere a la comunidad que Dios se eligió como hijo primogénito. Pero, en una observación todavía más sorprendente y sin paralelos, la paternidad de Dios va unida a un hecho histórico, a la liberación de Egipto: «Cuando Israel era niño, yo le amaba, y de Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1). De la paternidad viene la vida y surge también una relación. De la elección y del acontecimiento del éxodo se derivan compromisos para Israel, estimulado a responder con amor a las atenciones divinas. La observancia de los mandamientos se convierte en epifanía de amor y, cuando se da la tendencia a atrofiarse, se alza vigorosa la voz de los profetas: «¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un único Dios? Entonces, ¿por qué es-

tamos unos contra otros, profanando el pacto de nuestros padres?» (Mal 2,10).

A partir de David la paternidad divina se orienta de forma particular hacia el rey, llamado hijo de Dios (cf 2Sam 7,14); con esta luz debe leerse el salmo 2,7: «El Señor ha pronunciado: “Tú eres mi hijo”» que, dirigido en principio al rey, trasciende luego su significado histórico para asumir el mesiánico y preparar de esta forma el camino a la comprensión de la filiación divina de Jesús. Ya se ha lanzado un gigantesco puente sobre el Nuevo Testamento.

3. Nuevo Testamento

A la tímida presencia del concepto de padre en el Antiguo Testamento se contrapone una exuberante recurrencia en el Nuevo Testamento. Dios, padre de los hombres y padre de Jesús, es como la médula de la revelación neotestamentaria.

Para hablar correctamente de Dios Padre, de poco o nada sirven las analogías con el padre terreno: hay que dejar las copias y señalar directamente al original. «Padre» es para Dios un título de síntesis, un nombre que polariza a muchos otros y su importancia emerge de esta prohibición taxativa: «A nadie en la tierra llaméis padre, porque uno solo es vuestro Padre, el celestial» (Mt 23,9).

El Padre que está en los cielos explica su au-

toridad con soberana liberalidad, prodigándose en el dar sin distinciones porque considera a todos hijos suyos; «hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45). También por esta universalidad demuestra su perfección, que luego exige a todos los creyentes (cf Mt 5,48). No pretende una oración aburrida como una cantinela, atiborrada de quejica petulancia o de mágica insistencia; la abundancia de palabras debe dejar el puesto a la serena confianza que, al igual que el padre terreno provee al bien de sus hijos, con mayor razón el padre celestial se ocupa de la situación de los hombres. El texto de Mt 7,9-11 es una representación natural de la disponibilidad sin límites de Dios. Él es por tanto el padre previsor que conoce las necesidades de sus hijos, a los que prodiga los bienes necesarios para la vida cotidiana, entre los que está el don del Espíritu: «El Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan» (Lc 11,13).

El concepto del Dios previsor se aleja de una vacua analogía con la Fortuna que, como diosa con la vista tapada, distribuye irracionalmente sus dones a las personas ignorantes. Dios se pone en relación con el hombre, que es un ser inteligente y responsable: está asociado a una petición correcta, así como a un comportamiento coherente. La petición deberá seguir la modalidad de una jerarquía válida, que ordena los bienes según la prioridad de los valores: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará

por añadidura. Así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su inquietud» (Mt 6,33-34). Al hombre se le pide una relación que se basa en la atención a la voluntad del Padre y en el amoroso compromiso de ejecutar su voluntad: «No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21). Además, el amor del Padre viene acompañado de una eficaz obra educativa y disciplinar, no exenta de exigencias fuertes: «Todo lo que pidáis en la oración creed que lo recibiréis, y lo tendréis. Cuando os pongáis a orar, si tenéis algo contra alguien, perdonádselo, para que también vuestro Padre celestial os perdone vuestros pecados» (Mc 11,24-25; cf Mt 6,14). Como se ve, la providencia divina cuida lo exterior y lo interior, asegura el sustento físico, así como el sano crecimiento de todo el hombre, educado para el perdón. En este contexto de totalidad se comprende la atención de la Providencia que proporciona «armas y protección» incluso en trances difíciles o humanamente desesperados: «Pero cuando os entreguen, no os preocupéis sobre cómo habéis de hablar o qué habéis de decir, porque en aquel momento se os sugerirá lo que debéis decir. Pues no sois vosotros los que habláis, es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros» (Mt 10,19-20). Este texto y otros (cf Mt 6,26 y 10,29) aseguran la atenta presencia del Padre.

El cantor de la paternidad divina es, más que

todos los demás, el evangelista Juan, que designa habitualmente a Dios con el título de padre (más de cien veces). Sobre todo Jesús emplea este término para expresar su relación con Dios. Se trata de una relación que es a la vez dependencia de amor y unidad de sustancia; a este respecto citamos dos textos: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18) y «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn 10,30). El primero atestigua la función de revelación que el Hijo ejerce dando a conocer a Dios. Y nos lo da a conocer como el Padre, como el que lleva a cabo una intervención decisiva en la historia de la salvación. El segundo expresa la unión íntima entre el Padre y el Hijo, punto de apoyo del mensaje de Juan y ganglio vital de la revelación bíblica. Su relación de amor es admirable: «El Padre ama al Hijo» (Jn 3,35) y el Hijo está completamente entregado a la realización de la voluntad del Padre, hasta el *consummationem est*, el «todo está cumplido» (Jn 19,30), que celebra la glorificación del Padre y también del Hijo. La persona y la actividad de Jesús son la explicación de lo que es el Padre: «Para que todos honren al hijo como honran al Padre. El que no honra al hijo no honra al Padre que lo envió» (Jn 5,23). En la admirable composición teológica y poética del cap. 17, la llamada plegaria sacerdotal, Juan canta la vida que en movimiento circular parte del Padre y, pasando por el Hijo, llega a los discípulos y, mediante ellos, a todos los que serán

alcanzados por el efecto salvador de su palabra y de su acción. De esta forma se establece una comunidad que tiene por estatuto la comunión en la unidad. Todo gracias a la obra de Jesús.

Dada esta intimidad única e irrepetible, Jesús es y sigue siendo el único acceso al Padre, es más, su imagen que lo vuelve a proponer perfectamente y hasta el punto de poder decir a Felipe: «Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre?» (Jn 14,9). Jesús ha hecho visible el amor del Padre, es su sacramento: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su único hijo, para que quien crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). La respuesta del hombre en el amor será una experiencia de la paternidad divina y condición de acceso a la vida eterna.

La revelación de Dios como Padre y el ejemplo de Jesús tienen como consecuencia una renovada visión del mundo y de las relaciones entre los hombres; caen las barreras de nacionalidad y de contradicción: «No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3,28). Se abren los canales de una nueva comprensión del otro, a quien hay que considerar, no simplemente como hermano, sino que hay que mirarlo con la ternura con que lo ama el Padre que nos engendra a un amor nuevo: «Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor

es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1Jn 4,7). Sólo con una correcta y completa relación con el otro podrá brotar, sincera y digna, la oración del «Padrenuestro», es decir, del Padre común.

4. Un título inusitado: *Abbà*

22

Tres textos del Nuevo Testamento (Mc 14,36; Gál 4,6; Rom 8,15) conservan la palabra aramea (lengua del pueblo en tiempos de Jesús) «Abbà», que significa «papá», «papi» o, todavía mejor, «papaíto», título familiar que emplean generalmente los niños. Los primeros cristianos no se habrían atrevido jamás a emplear este término si Jesús no lo hubiese usado y no hubiese autorizado a repetirlo. También en esto el cristianismo se diferencia del judaísmo, que temía corroer la sacralidad divina con una palabra típica de la ingenuidad infantil. Jesús propone una relación nueva con Dios, formada sin duda por una obediencia sustanciosa, pero también por nativa simplicidad, ajena a una religiosidad pomposa e impersonal. La familiaridad no debe confundirse con una desenvuelta intimidad con Dios y mucho menos con la banalización del mismo, sino como un signo de los nuevos tiempos: el Dios trascendente y creador de los cielos está cerca, gracias a la mediación del Hijo, en amorosa familiaridad. La nueva relación no crea descuentos con compromiso, sino que so-

lamente simplifica los procedimientos de acceso y de relación. Nace una nueva intimidad que se funda en una confianza incondicional y granítica, que es posible únicamente después de que Jesús nos ha dado a conocer la intimidad que le unía al Padre y nos ha introducido en esta familiaridad. Su Padre se convierte en nuestro Padre, como él mismo le confía a María Magdalena: «Anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre» (Jn 20,17). Sin mezclar ni confundir los papeles, existe ahora el Padre común y nosotros somos, según la feliz expresión de los Padres de la Iglesia, «hijos en el Hijo». Esta expresión está muy arraigada en el pensamiento paulino: Dios es el «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2Cor 1,3); nosotros, revestidos de Cristo, nos convertimos por el bautismo en hijos adoptivos: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; en Cristo os habéis revestido de Cristo» (Gál 3,26-27). Revestidos de esta dignidad, recibimos el Espíritu que nos hace gritar «Abbà, Padre» (Gál 4,6; Rom 8,15): por tanto somos hijos en el Espíritu del Hijo. Se nos introduce así en el circuito del amor trinitario, del que somos beneficiados y beneficiarios.

23

5. Un Padre con corazón de madre

Oír hablar de Dios como madre puede crear cierta incomodidad al principio, porque estamos

acostumbrados a llamarlo padre. Dado que para nosotros los dos papeles no se pueden confundir, al decir padre parece quedar excluida automáticamente la categoría de madre. Sin embargo, ya el profeta Isaías había reivindicado para Dios una ternura femenina superior a la de una madre: «¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti» (Is 49,15). El lector moderno pierde gran parte de la fuerza del texto original, porque donde se habla de compasión, no se recoge la alusión al útero materno (en hebreo *rahamim* indica el útero y se traduce como «misericordia», «compasión», «ternura»), símbolo eficaz de amor, sensibilidad, donación. Así, cuando el hebreo habla de misericordia, más que un concepto abstracto como es en nuestras lenguas modernas, quiere referirse a una parte anatómica específica, símbolo concreto del amor. En esta línea, el Nuevo Testamento hace histórico el amor divino en la persona de Jesús. En la parábola del Padre bueno falta la figura femenina de la madre porque va incluida en la del padre. Cuando el texto dice que el padre se conmovió (cf Lc 15,20), alude al concepto que subyace a la mentalidad hebrea de la ternura materna. No es necesario por consiguiente la presencia femenina, porque está englobada en la figura del Padre. El mismo verbo aparece en otra parábola, la del buen samaritano («se compadeció», Lc 10,33), siempre para aludir a los senti-

mientos de Jesús, el verdadero samaritano que se inclina sobre la humanidad herida y abandonada. El evangelista Lucas atribuye sin sombra de duda a Jesús el verbo de la compasión cuando, con ocasión del funeral del hijo de la viuda de Naín, cuenta que Jesús «se compadeció» (Lc 7,13). Nuestro Dios y Señor es un padre que sabe ser también madre.

La altísima dignidad conferida al hombre creado a imagen de Dios está aumentada por la incomparable nueva dignidad de su filiación. Estamos ante una presencia explosiva: «Qué gran amor nos ha dado el Padre al hacer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad» (1Jn 3,1). Ser hijos de este Padre significa ser divinizados. Junto a la alegría y a la gratitud del don de la filiación, obtenido por Cristo y continuamente sugerido por el Espíritu, nace un pesar que se convierte también en nuestro *confiteor* de hijos en muchas ocasiones ingratos. Para remediarlo, el Papa sugiere: «El sentido del “camino hacia el Padre” deberá llevar a todos a tomar, en la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica *conversión*» (TMA, 50). Será para nosotros una oportunidad renovada de descubrir al «padre de las misericordias» (2Cor 1,3) y para cumplir con renovado entusiasmo nuestra peregrinación hacia la casa del Padre.

Convenientemente instruidos por este *travelling* bíblico y estimulados por el documento del Papa, consideremos ahora la misericordia del

Padre en algunos rasgos específicos de Lucas. Partamos de la parábola más bella que Jesús ha regalado a la literatura universal (15,11-32). Ha hablado del Padre, lo ha colocado como actor principal de la escenografía de la vida, lo ha presentado como el Padre bueno, la madre acogedora que engendra a la vida nueva, a ideales inéditos y adormilados en lo profundo del ser. En la figura del Padre, Jesús ha ocultado su obra, la manera de intervenir en medio de los hombres, se ha demostrado epifanía, es decir, signo visible, de la ternura materna de Dios. También rociada de tanta ternura está la parábola del buen samaritano (10,25-37), en la que aprendemos un delicado amor al prójimo, independientemente de su condición. Una invitación a construir una genuina relación con Dios, que pasa a través de un puente de simpatía con los demás, viene de una tercera parábola, la que presenta a un fariseo y un publicano que suben al templo a rezar (18,9-14).

26

Dejando la ribera de las parábolas, conocemos a hombres verdaderos, de carne y hueso, que experimentan la paternidad y maternidad de Dios al conocer a Jesús de Nazaret. En primer lugar nos fijaremos en la simpática figura de Zaqueo, capaz de dar un vuelco a su existencia tras haber logrado la estima y confianza de Jesús, que lo ha «ascendido» a la vida nueva (19,1-10). De renacimiento o palingenesia se puede hablar en el caso de los dos discípulos de Emaús, que aprenden del misterioso caminante a divisar el camino de

la vida que pasa por la colina del Calvario (24,13-35). Con el Resucitado y gracias a él aprenden a resucitar a la vida nueva y a ser gozosos testigos ante los demás del hecho que ha transformado nuestra vida.

Finalmente dejamos un episodio que hace deslizar el interés de la bondad misericordiosa de Jesús, a la necesidad de que el hombre aprenda y sepa decir gracias a Dios en primer lugar, y luego también a sus mediadores, en este caso al propio Jesús, que ha obrado el milagro de la curación (17,11-19).